

[520]

no sólo se deba al carácter secundario de las fuentes analizadas. De hecho, la importancia que el autor le otorga a la Revolución Industrial como el rasgo absoluto que diferenció los esfuerzos previos al desarrollo capitalista europeo respecto del asiático, le resta el peso específico que pueda tener el cambio social que surge en Europa antes de la industrialización con el ascenso de la burguesía. El autor gravita en una explicación en la que la industrialización se toma como el punto de partida tanto de la modernidad como del capitalismo y no como el resultado de estos avances.

GILBERTO ENRIQUE PARADA GARCÍA

Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá

geparadag@unal.edu.co

Keith Jenkins.

¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad.

México: Fondo de Cultura Económica, 2006. 384 páginas.

Keith Jenkins es especialista en filosofía de la historia y profesor de teoría de la historia en University College Chichester, Gran Bretaña, en donde dirige el Centro de Estudios Posmodernos. Entre sus libros, algunos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas, se encuentran *The Postmodern History Reader* (Londres: Routledge, 1997); *Why History?* (Londres: Routledge, 1999); *Refiguring History* (Londres: Routledge, 2002); *The Feminist History Reader* (Londres: Routledge, 2004); y *The Nature of History Reader* (coeditado con Alun Munslow, Londres: Routledge, 2004).

El libro en cuestión, *¿Por qué la historia?*, publicado por Routledge en 1999 y traducido al español en 2006, es un interesante balance sobre la naturaleza del discurso de la historia en la actualidad, y constituye una desafiante defensa de la posmodernidad en la historia, al tiempo que una lectura introductoria y estimulante a las ideas de autores que, como Jacques Derrida, Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard, son generalmente marginados de los estudios históricos. Richard Evans, Hayden White, Frank Ankersmit, Elizabeth Deeds Ermarth y David Harlan completan la pléyade de filósofos y teóricos de la historia que toman parte en el debate contemporáneo sobre la posmodernidad, debate que parece aún incipiente en nuestro medio.

La hipótesis del libro, desarrollada en tres partes: *el fin de las metanarrativas*, *el fin de la historia y después de la historia y la ética*, consiste en que las diferentes formas de pensamiento posmoderno convergen en señalar el fin de la ética y de la historia, tanto en su construcción de metanarrativas (la historia con mayúscula, la que, como el marxismo, encuadra el pasado dentro de un esquema general de desarrollo), como en su forma académica profesional (la historia con minúscula, que estudia, con una pretensión de neutralidad, el pasado en sí mismo). Teniendo como base el supuesto de que lo que determina nuestro

presente y nuestro futuro, en cuanto referente del cambio, es “un conjunto de imágenes selectivas del pasado”, la hipótesis se ve complementada con la idea de que los proyectos sobre el futuro –que el autor denomina mitos– quedarían mejor elaborados desde el presente, y no desde la historia impregnada por los ideales de la modernidad.

De hecho, la acepción más frecuente que se encuentra a lo largo del libro es la de la posmodernidad como el momento posterior a la modernidad. La idea de superar la historia moderna, que se consolida como área de estudio desde los siglos XVIII y XIX, surge de una serie de críticas a las formas como la modernidad conceptualizó y esculpió el pasado desde una perspectiva eurocéntrica, patriarcal y autoritaria, y que, ahora, por efecto de los ataques posmodernos, éstas aparecen como fábulas disparatadas que llegamos a ver como normales con el paso del tiempo.

Para Jenkins no es necesario, entonces, forjar un proyecto emancipatorio a partir de un molde histórico, o buscar para tal proyecto una legitimación de tipo histórica, ya que “en sí y por sí” el pasado no contiene nada de significación obvia, nada independiente de nosotros a lo que debamos ser leales, nada por lo que debamos sentirnos culpables, ningún hecho que debamos descubrir, ninguna verdad que debamos respetar, ningún problema que debamos resolver, ningún proyecto que debamos terminar (p. 14).

Además, la posmodernidad se describe como el conjunto de cambios intelectuales que se vienen configurando con mayor rapidez desde finales de los años ochenta y que recogen unas figuras seminales que en el lapso de 30 o 40 años han logrado minar las bases de la tradición occidental. Jenkins afirma que si la cultura occidental logró configurar su proyecto con un número no muy elevado de intelectuales entre los que se cuentan Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Mill, Marx y otros, la reelaboración de este proyecto ha estado en manos de Barthes, Foucault, Lacan, Derrida, Baudrillard o Lyotard, precedidos por Wittgenstein, Nietzsche e, incluso, muchos de los filósofos sofistas de la antigua Grecia.

En efecto, la influencia de Nietzsche aparece claramente, en la medida en que para este filósofo del siglo XIX, precursor de la crítica a las nociones lineales de la historia, no existe razón alguna para no deshacernos de la carga del pasado, para reconocer “el mundo real” como una fábula y construir nuevas medidas de emancipación a partir de los imaginarios actuales: estos imaginarios o “hazañas del pensamiento” son –según Jenkins– los imaginarios creados por los teóricos de tipo posmoderno. Antes del surgimiento de la tradición occidental, también los sofistas pensaban que lo finito, lo contingente y lo aleatorio era todo lo que había; el mundo de los fenómenos era lo único cognoscible. Con el intento de darle solución al “problema” de lo finito y lo contingente, se abre paso a una tradición que, a través de significadores trascendentales como Dios, la Esencia, el Espíritu, la Lucha de Clases, la Razón o la Historia, intenta crear estabilidades dentro del caos. Para los posmodernos,

las potencialidades mismas de lo contingente y lo aleatorio constituyen las soluciones y no el problema a resolver.

[522]

Por último, la posmodernidad, entendida como un momento histórico, expresa el conjunto de cambios económicos, políticos y sociales que, tal como la aparente hegemonía y radicalización del capitalismo, han cuestionado la conveniencia de un progreso humano ilimitado, expresan una crisis en el proyecto de la Ilustración y la modernidad, y han puesto fin a la discusión sobre los metarrelatos en los que se basa este proyecto. Como respuesta parcial al escepticismo que se devela tras esta concepción, Jenkins advierte que, aunque en efecto el posmodernismo surge como parte integrante del capitalismo, como la *lógica cultural* que este requiere, la posmodernidad ha sido un resultado inesperado y transitorio del mismo; que su designio es, precisamente y contrario al de la modernidad, la liberación de lo contingente, mantener vivo el pensamiento emancipatorio y permitir el surgimiento de lo novedoso que pueda no ser recuperado por el capitalismo.

Otra de las razones para el fin de la historia surge de las dificultades existentes sobre sus fundamentos metafísicos (¿porqué estamos aquí?), ontológicos (categorías y conceptos), epistemológicos (teoría del conocimiento) y metodológicos (teoría sistemáticamente aplicada). Desde el pensamiento posmoderno se resalta la imposibilidad de conocer la calidad existencial del mundo (metafísica). En la medida en que el mundo real aparece como insondable, la ontología intenta introducirlo en el recinto del significado, de codificarlo, buscando apropiarlo hasta agotar la metafísica, reduciéndolo, finalmente, a categorías y conceptos discursivos (epistemológicos y metodológicos), sin llegar a darle un significado total de autoidentificación con nuestras categorías. Las posibilidades de apropiación de este “excedente” sin significar permite que las preguntas sobre lo cognoscible permanezcan infinitamente abiertas y, al mismo tiempo, evidencia que vivir en una cultura es vivir a través de un código, de un lenguaje que produce lo que se entiende por realidad: vivir en el lenguaje es vivir en la realidad. De manera que, siguiendo a Hayden White, la historia siempre estará atrapada en *tropos*, configurada por tramas o ideologizada, poniéndola así al servicio de poderes e intereses diversos (la “promiscuidad incansable del pasado histórico”).

Esta crítica “fundamentalista” a la historia consiste en afirmar que la historicización del pasado es un imaginario respecto de nuestros significados y significantes actuales; somos nosotros quienes dictamos la historia, “nosotros somos la *fuentes* de cualquier cosa que el pasado signifique para nosotros”. Lo cual no niega la existencia del pasado, sino que afirma que ese único pasado tiene múltiples historias que se encuentran en el mismo nivel. Las diferentes formas de lucha entre lo metafísico y lo ontológico-epistemológico-metodológico-ético, a las que Derrida llama *différance*, así como esa apertura radical sobre las preguntas de lo cognoscible, las potencialidades de admitir lo contingente y lo aleatorio como condición de la vida, ofrecen al historiador la posibilidad de escribir con

legitimidad acerca del pasado, tomando abiertamente posiciones ideológicas, políticas e incluso confesionales.

Así, los ataques que minan la historia con mayúscula se ciernen también sobre la historia con minúscula. A pesar de que este segundo tipo de historia se define vagamente como el oficio del historiador, el relativismo que se incrusta dentro de la mirada posmoderna sugiere que todas las formas de acercamiento al pasado son igualmente válidas, por lo que la historia sería una variante más, una expresión ideológica entre muchas otras y un género que no es ni inferior ni superior a los demás.

[523]

Por otro lado, el argumento principal sobre el fin de la ética consiste en afirmar que para que una decisión sea ética, tiene que pasar por un momento de *indecidibilidad radical*, o *aporía*, en el que no se tiene un referente elaborado previamente, un sistema que guíe las decisiones individuales. El reconocimiento de este momento *aporético*, que implica la realización de la decisión entre posiciones inconmensurables, es el que ha provocado que los posmodernos sean señalados por su aparente irracionalismo y permite, según el autor, que en un momento como el que vivimos –el momento posmoderno– podamos “vivir fuera de la ética pero dentro de la moralidad” y, de la misma manera, podamos “vivir fuera de la historia pero dentro del tiempo”.

Esta crítica se basa también en la problematización de los sistemas éticos que apelan a fundamentos “reales” y universalizados. El primero de estos problemas surge de la permanente tensión entre elementos del pensamiento judío y del pensamiento griego; mientras la metafísica judía abre el espacio a un dios incognoscible que ordena el actuar ético hacia los demás, el pensamiento griego, por su parte, irrumpe con una actitud violenta mediante una metafísica ética y el *logos* griego de la razón. El segundo de los problemas reside en el hecho de que el pensamiento posmoderno se acerca más a la retórica sofística que a los sistemas éticos universales y fundacionales de tipo platónico. Con el rechazo a que las cuestiones sobre verdad, validez o claridad sean resueltas con relación a un referente extracontextual, por fuera de las comunidades que las significan, el relativismo gana terreno y se configura así un mundo posmoderno antifundacional. Esta obligada referencia al contexto de significación lleva a Jenkins a afirmar que la disputa entre la retórica sofística y los sistemas éticos universales y fundacionales de tipo platónico no se está dando entre dos posiciones separadas, sino entre dos posiciones igualmente retóricas.

Pero la lectura propositiva de los imaginarios posmodernos parece contrarrestada por la permanencia del profundo escepticismo del que se acusa al pensamiento posmoderno: si no nos preocupamos por el ayer ¿por qué preocuparnos por el hoy o el mañana, por la emancipación o por la vida?, ¿para qué resistir, por ejemplo, al fascismo o al (neo)nazismo? Ante estos cuestionamientos, el autor parece estar de acuerdo en afirmar simplemente que cuestionarse es la *naturaleza* del hombre, que las respuestas totales no existen y que las caracte-

rísticas de la cultura (posmoderna) permiten que los cuestionamientos acerca de la *naturaleza* de la misma permanezcan siempre abiertos.

Por último, dado que la invención de nuevos términos para identificar nuevas realidades pretendidamente globales parece un afán constante a lo largo del libro, conviene señalar que es tal vez en el contraste entre las condiciones –sociales, políticas y económicas del contexto en que surgen los argumentos defendidos por el autor– y los referentes del lugar en que apropiamos este conocimiento, que pueden surgir sus principales críticas. Aún más, los acontecimientos de la cotidianidad indican una gran agitación política y económica que no evidencian el fin de la historia. Ninguno de los indicios parece mostrar una terminación de las rivalidades entre naciones y, por tanto, de la guerra, sin ignorar la pobreza existente en el interior del sistema capitalista y, también, que la percepción de que el capitalismo es hoy la única alternativa política y económica parece errónea; por el contrario, el nacionalismo, el fundamentalismo o el socialismo muestran su fuerza en muchos lugares del mundo.

JULIÁN AUGUSTO VIVAS GARCÍA

Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá

javivasg@gmail.com

[524]

Lola G. Luna.

El sujeto sufragista. Feminismo y feminidad en Colombia: 1930-1957.

Cali: Ediciones La Manzana de la Discordia/ Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad/ Universidad del Valle, 2004. 191 páginas.

El objetivo del libro es analizar los discursos mediante los cuales se construyó un sujeto sufragista en Colombia, entre 1930 y 1957, desde la perspectiva de la historia de las mujeres y de la historia política renovada. En este sentido, la autora asumió el reto de recuperar las identidades políticas de las colombianas que participaron en el movimiento sufragista, en los contextos de la modernización del país, quienes, según se logra deducir, actuaron con criterio y autonomía no reconocidas en su tiempo: entablaron alianzas estratégicas con las distintas tendencias en búsqueda de la unidad, buscaron aliados y reaccionaron de manera argumentada ante la tenaz oposición de sus contradictores.

Los contenidos del libro están organizados en cinco capítulos, precedidos de una introducción. Los dos primeros capítulos dan cuenta de la perspectiva analítica y del enfoque metodológico. En los tres siguientes, la autora delimita los tres subperiodos en que se exponen los hallazgos de la investigación, la cual da cuenta de las etapas de formación del movimiento sufragista.

Los resultados de la consulta de la bibliografía de referencia plasman las discusiones contemporáneas sobre historia discursiva de género. De un lado, recoge las definiciones planteadas por Michel Foucault sobre el discurso y las reflexiones sobre el mismo de la filósofa Rosa María Rodríguez Magda desde la perspectiva